SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS
+
PEREGRINACIÓN DE LA HERMANDAD DE NUESTRA SEÑOR DEL ROCIO DE SEVILLA (TRIANA)
+
1 NOVIEMBRE 2026

Comienzo a preparar esta homilía cuando la Virgen está llegando al lugar preparado para cubrirla y, mientras la estoy viendo llegar al lugar preparado para revestirla, estoy rezando por vosotros. La Virgen es como el mar: se hace bravío, pero de repente, en un instante todo se serena y la Virgen queda situada en el lugar adecuado ¿Cuál es el lugar adecuado? Solo hay uno, tu corazón. Reine ella en nuestros corazones. Sea así nuestra hermandad, bravía en la pasión con la que vive su devoción y serena es lo importante.

Es llegar la Virgen y todo cambia. Así se vive en Triana la Bienaventuranza. Cuando los oleajes y las dificultades de nuestra vida nos hacen dudar, nos acordamos de la Virgen. Cuando parece que los vientos soplan en contra, acordaros de la Virgen. Cuando creáis por un instante que os habéis equivocado y que no podéis con este proyecto, acordaros de la Virgen. Cuando parezca que el camino de la vida es más difícil de atravesar que las arenas, acordaros de la Virgen. Así se vive en Triana la Bienaventuranza.

Si hay dudas, que la Virgen sea vuestra certeza, si aparecen tinieblas que la Virgen sea vuestra claridad, si os parece que la barca de vuestra vida va a zozobrar sea la Virgen vuestro salvavidas, en cualquier instante, en todo tiempo, de cualquier modo, acordaros de la Virgen.

Están a punto de cubrir su rostro, sobre la preciosa faz de la Madre de Dios colocarán un velo, porque todo lo bello es siempre un misterio. El misterio remite siempre a Dios. La Virgen remite siempre a Dios, ese es su misterio; la esencia de lo que se revela; su presencia manifiesta. Tapada o descubierta nos remite a Dios. Tras un camino imposible de noche y arenas donde se muestra la dureza del camino del Rocío, bravío en su romería imposible en las venidas, mostrando que no solo de vino vive el hombre la Virgen llega a su pueblo.

Descubierto el rostro de la Virgen su mirada vuelve a llevarnos al autor de las Bienaventuranzas. Su sonrisa invita al seguimiento; y así, entre la sonrisa del niño y la serenidad de la madre se escucha el proyecto de Dios. Silencio interior para un ruido imparable. La Virgen siempre remite al silencio… Es en el silencio donde la Palabra se enraíza, descubre vocaciones, orienta nuestras opciones, y así año tras año la Virgen, esté en el Rocío o en Almonte -sus espacios naturales- siempre remite a las Bienaventuranzas.

Las bienaventuranzas son luces que el Señor enciende en la penumbra de la historia, revelando el proyecto de salvación que el Padre realiza por medio del Hijo, con el poder del Espíritu Santo. Deja que iluminen tus caminos.

En el monte, Cristo entrega a los discípulos la ley nueva, que está escrita en los corazones, ya no en la piedra; es una ley que renueva nuestra vida y la hace buena, aun cuando ante el mundo parezca fracasada y miserable. Sólo Dios puede llamar realmente bienaventurados a los pobres y a los afligidos, porque Él es el sumo bien que se da a todos con amor infinito. Sólo Dios puede saciar a quienes buscan paz y justicia, porque Él es el justo juez del mundo, autor de la paz eterna. Sólo en Dios encuentran alegría los mansos, los misericordiosos y los puros de corazón, porque Él es el cumplimiento de lo que esperan. En la persecución, Dios es la fuente del rescate; en la mentira, es el ancla de la verdad. Por eso Jesús proclama: «Alegraos y regocijáos».

Estas Bienaventuranzas son una paradoja sólo para quien considera que Dios es diferente de como Cristo lo revela. Quien espera que los prepotentes sean siempre dueños de la tierra permanece sorprendido ante las palabras del Señor. Quien está acostumbrado a pensar que la felicidad pertenece a los ricos podría creer que Jesús sea un iluso. Y, en cambio, un iluso es al que le falta la fe en Cristo; Él es el pobre que comparte su vida con todos, el manso que persevera en el dolor, el que trabaja por la paz y es perseguido hasta la muerte en cruz.

Las Bienaventuranzas son para nosotros una prueba de la felicidad, llevándonos a preguntarnos si la consideramos una conquista que se compra o un don que se comparte; si la reponemos en objetos que se consumen o en relaciones que nos acompañan. Es "a causa de Cristo" y gracias a Él que la amargura de las pruebas se transforma en la alegría de los redimidos. No es una consolación lejana, sino de una gracia constante que nos sostiene siempre, sobre todo en la hora de la aflicción.

La Virgen ya está en Almonte, llegamos al pueblo que es escuela de Rocío para todas las hermandades filiales, comienza el tiempo del silencio, el tiempo de la contemplación, así viene Triana buscando el silencio que le enamora, dejándose seducir por la que es bienaventurada toda ella. Sea así tu hermandad: buscadora de silencios y bienaventurada en sus hermanos. En cualquier instante, en todo tiempo, de cualquier modo, acordaros de la Virgen.

Aquí terminaba mi homilía, cuando hemos dejado a la Virgen llegando a Almonte, pero las circunstancias nos llevan a una última mirada, nos meten en otro traslado donde el corazón se va hasta Urda. Un pueblo que, al menos un servidor, solo conocía por el Santísimo Cristo de la Veracruz, un nazareno del siglo XVI que carga con la cruz y que procesiona sobre una barca. Hasta allí se van nuestros corazones y con ellos el de la Virgen, pañuelo y consuelo de lágrimas.

Hace dos años también veníamos con el dolor de los muertos por la Dana de Valencia, hoy otro accidente ferroviario nos lleva en volandas y luto hasta otros hermanos que mueren violentamente.

Hoy, como Unamuno en aquella famosa carta de 1923 -que tan mal se ha utilizado- podemos decir: me duele España en el cogollo del corazón.

Cuando miramos a España nos acordamos de la figura mítica del "Uróboros", el ser que se muerde la cola, una criatura serpentiforme que se muerde y se come su propia cola y termina por devorarse a sí mismo. Así parecemos a veces, comiéndonos a nosotros mismos; pero cuando nos hacen ver que en España nos estamos comiendo unos a otros, llegan los españoles, como los de Urda, y nos salvan sirviendo, entregándose, sin preguntar por raza, credo, ideología… y el corazón de los Españoles salva a España.

Nos duele España, no solo España, nos duelen los españoles. Valencia, Adamuz, ahora Urda, y no nos olvidamos de Ceuta, de nuestros hermanos de Ceuta. Nos duelen los españoles, Santa María del Rocío. Así como tú salvaste al pueblo de Almonte de ser completamente destruido, en aquel agosto de 1810, hoy te pedimos por España, por su tierra, por los españoles, porque necesitamos tu mano misericordiosa.

La Virgen ya está en Almonte, permanezcamos junto a ella, en su corazón, allí donde ella guarda a España.